

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“Introducción”

p. 21-30

Juan Antonio Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 6. Descubrimiento y conquista

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2016

400 p. + [XVI]

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-7642-2 (volumen 6)

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/descubrimiento_conquista.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

LA IDEA COLOMBINA DEL DESCUBRIMIENTO DESDE MÉXICO (1836-1986)



A la memoria de mi suegro, el doctor Guillermo Bosque Pichardo (1903-1985), cuyos profundos conocimientos médicos y generosa entrega al prójimo desvalido confirmaron y renovaron en él los valores humanos del famoso juramento de Hipócrates.

El Almirante fue hombre bien formado y estatura más que mediana, la cara larga, los pómulos algo salientes, sin declinar a gordo ni macilento. Tenía la nariz aguilena, los ojos garzos, el color blanco y encendido. En su mocedad tuvo los cabellos rubios, pero cuando llegó a los treinta años, todos se le pusieron blancos. En el comer y el beber, y en el adorno de su persona, era muy comedido y modesto. Afable en la conversación con los extraños y muy agradable con los de casa, si bien con modesta gravedad. Fue tan observante en las cosas de la religión que podría tenersele por profeso en la manera de observar los ayunos y de rezar el oficio divino. Fue tan enemigo de juramentos y blasfemias que yo juro que jamás le oí echar otro juramento que por San Fernando. Y cuando más airado se hallaba con alguno, su reprensión era decirle “¿de vos a Dios qué hiciste o dijiste esto?” Y si alguna cosa tenía que escribir, no tomaba la pluma sin escribir primero estas palabras: *IESU cum MARIA sù nobis in via*; y con tal carácter de letra, que con sólo aquello podría ganarse el pan.

Hernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colon escrita por su hijo*



Introducción

21

A menos de seis años de la quingentésima celebración anual del descubrimiento de América, nos ha parecido útil hacer un rápido inventario crítico de lo que la conciencia mexicana ha pensado (alabado o condenado) ante el hecho esencial, circunstancial e interpretativo del famoso acontecimiento.

Aunque hemos seguido las huellas que el suceso por conmemorar provocó y dejó desde el punto de vista literario e histórico a partir de 1836, estamos seguros de que si bien nos han quedado todavía algunas pistas inexploradas, las principales y más significativas consideramos que no han escapado a nuestro rastreo historiográfico. Conviene tener presente que tal y como corresponde a la bien conocida capacidad ditirámica de nuestro mundo crítico, tan inclinado a la apología estatuaria como a las ridículas y cursis filigranas eufemísticas, se ha procurado casi siempre, así de modo oficial como oficiosamente, enmascarar, ocultar o gravar el hecho histórico y a su actor o coactores mediante densas humaredas de copal discurseante o recurriendo a sahumeros de incienso más o menos poéticos. Por ello, nos hemos visto obligados, aunque no del todo, a excluir poesías ocasionales y discursos de cajón; empero, como decimos, tampoco los hemos omitido totalmente, pues por su contenido, por su estilo o por su intención política merecían ser tenidos en cuenta algunos de ellos.



Así, por ejemplo, la celebración en México del IV Centenario del Descubrimiento de América (1892) constituyó una estupenda oportunidad histórica para pronunciar discursos y para escribir sobre la hazaña marinera y descubridora del famoso almirante de la mar oceánica; sobre su vida, vicisitudes e “ingrato” fin, y de paso un pretexto para ensalzar a la madre patria o para denostarla con rigor liberal puro. Las redacciones periodísticas, los editores de diarios y los colaboradores se dieron vuelo escribiendo sus propias reflexiones sobre tan fausto suceso, o bien aceptando e imprimiendo discursos oficiales, amén de odas y poemas en honor del gran genovés.

Con ironía no exenta a veces de singular gracejo, el periodista del diario *El Partido Liberal* (1892), Martín Pescador (Martín Gómez Palacios Ibarra), en su “Río revuelto” se pregunta: “Por fin, ¿qué fue Colón? ¿Mucho, poco o nada?” Para *La Voz de México*, Colón fue un santo y un vidente; Dios lo inspiró y no tenía más deseo que esparcir la semilla cristiana en “tierras nuevas”. Para un periodista de *El Siglo Diez y Nueve*, Colón no pudo ser una gloria del catolicismo, porque católicos eran los doctores de Salamanca que condenaron sus planes como cosa herética e imposible; y, además, lo movió a buscar nuevo y más corto camino para las Indias el afán patriótico de robustecer el comercio de Génova que estaba bastante quebrantado por la preponderancia de Venecia. Para algunos positivistas, y aquí alude Martín Pescador a Justo Sierra, Colón, a más de que no era precisamente un dechado de virtudes, su gloria se acaba y desaparece desde el momento en que el huésped de La Rábida fue sólo “producto del medio”:

la verdad es que ahora más que nunca –prosigue Martín Pescador– conviene recordar el dicho vulgar: “ni tanto que queme al santo ni tanto que no lo alumbre”. Sobre todo, esa aplicación incondicional de la ley del medio que nulifica todo esfuerzo del individuo, es lo más absurdo que conozco. No sólo desaparece así el mérito de los grandes hombres, sino hasta el de los pequeños. Apurando un poco, resultará que no es obra mía este pobre “Río revuelto”, sino del medio. Yo soy *producto*. ¡Y no hay ya hombres sino puros *productos*!¹

1 *El Partido Liberal*, México (15 de octubre de 1892).



Por lo que respecta a nuestro tema, 1877 y 1892 son dos años importantes porque se inauguraron en la capital mexicana los monumentos erigidos en honor de Cristóbal Colón: el uno fue obra del escultor francés Enrique Carlos Cordier, obsequiado a la ciudad de México por don Antonio Escandón, monumento que se levanta en el Paseo de la Reforma; el otro, obra del escultor catalán Manuel Vilar, quien en 1858 presentó a la Academia de San Carlos una estatua en yeso de la figura del almirante. La Junta Colombina, establecida para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América, descubrió el yeso que se hallaba olvidado en uno de los salones del establecimiento, y decidió que dicha escultura fuera vaciada en bronce por Tomás Carandente y colocada en el pedestal proyectado por el arquitecto Juan Agea. El monumento, que se levanta en la Plaza de Buenavista, fue develado justamente el 12 de octubre, día en que se celebraban los cuatrocientos años del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Ese día –como escribe José Manuel Villalpando César– la ciudad amaneció vestida de gala; los edificios públicos, los comercios, las casas particulares, lucían soberbios adornos: festones, guirnaldas, gallardetes, escudos. Poco después de las diez de la mañana, una salva de artillería y el repicar de las campanas de los templos anunciaban que la comitiva presidencial salía del Palacio Nacional rumbo a la Plazuela de Buenavista, donde habría de celebrarse el acto. Treinta y cuatro carruajes abiertos ocupados por el cuerpo diplomático, representantes del ejército, la banca, el comercio, las corporaciones científicas, precedían al vehículo en el que el presidente Porfirio Díaz, vestido de gran uniforme, iba acompañado por el ministro de España, Lorenzo Castellanos. Enfiló la comitiva por las calles de Plateros, Juárez, Patoni, Rosales y Puente de Alvarado hasta desembocar en la Plazuela de Buenavista. A la derecha del monumento, que se encontraba cubierto por un lienzo, se instaló un elegante templete destinado a los altos funcionarios, y alrededor de la plaza apenas contenido por una valla de soldados, el pueblo se agolpaba queriendo participar en tan histórica celebración.²

2 *Los monumentos a Colón, México, 1982, p. 18.*



Para ilustrar y dar cumplimiento a lo anunciado páginas atrás, no hemos podido sustraernos de exhibir ante el lector un comentario sobre el espectáculo teatral, lírico y apoteótico, que en el Teatro Porfirio Díaz de Cuernavaca representó la compañía italiana de ópera Galeazzi, en la velada del 12 de octubre del cuarto centenario. El licenciado Cecilio A. Robelo escribió el libreto, *Apoteosis de Cristóbal Colón: epifanía-himno*,³ que posee todo el tufo positivista correspondiente a la Religión de la Humanidad inventada por Augusto Comte y establecida con relativo éxito en México por Gabino Barreda y sus seguidores y discípulos.

EPIFANÍA

Primer himno: Hay fiesta en el Empíreo, sentado sobre un elevado trono se halla el Supremo Hacedor y éste anuncia con dulce voz al auditorio que Colón será consagrado por sus hazañas. Un genio alado conduce al “anciano arrogante” ante el trono, se arrodilla don Cristóbal, vestido de rojo (el color simbólico de la justicia y del derecho) al mismo tiempo que van desfilando bajo un túnel angelical los grandes hombres: Zoroastro, Confucio, los Siete Sabios de Grecia, Sócrates, Aristóteles, Epicteto, Zenón, Licurgo, Keplero, Torricelli, Pascal, Voltaire, Franklin, Stephens, Watt, Fulton, Vicente de Paul, los Doce Franciscanos. Tras ellos viene Isabel, la Gran Católica, y en pos de ella el padre Las Casas y el padre Marchena.

Se levanta el Ser Supremo y anuncia que Colón, el Gran Descubridor, sentado a su diestra, tras haber sido juzgado ha entrado al Empíreo, a la inmortalidad, después de cuatro siglos de tormentos por haber vendido indios como esclavos. Se escuchan cánticos de alabanza entonados por los celestes coros y se va disolviendo lentamente aquella asamblea de espíritus puros. En un lóbrego lugar del espacio tres figuras tenebrosas muerden su ira. Tienen las tres torva faz, mirar sombrío y garras en lugar de manos: Fernando, el rey aleve e incumplidor de su palabra; el obispo Fonseca, pastor taimado de la grey romana, pérfido e infame, opuesto siempre al noble genovés; Bobadilla, gobernador fiero, ignorante y responsable rábula que cargó a Colón de hierros y lo envió a España prisionero.

3 Cuernavaca, edición del autor, 1892.



nero. Llenos de ira contemplan los tres el triunfo del héroe Colón, y a una señal del ángel que lo custodia, extienden sus alas de murciélago y se lanzan con ímpetu hacia el centro infernal.

Segundo himno: En la mente de Colón brilla una idea que escapa al rey y a los sabios salmantinos; pero no a Isabel y al padre Marchena que, inspirados por Dios, comprenden el valor del proyecto del genovés. Em-préndese el viaje y los marineros tiemblan muertos de miedo durante la travesía; en medio de la oscuridad de la noche serena brilla una luz a lo lejos. ¡Tierra! grita el marinero, y todos se postran de rodillas ante Colón admirando su fe y su arrojo. Desembarcan, rezan agradecidos y Colón, piadoso y creyente, consagra la tierra americana a Jesús, El Salvador.

Regresan, llegan a las playas de Iberia y se da reconocimiento al éxito colombino; mas la dicha es falaz y transitoria. Torna el almirante al mundo por el hallado, pero la envidia lo encadena y así aherrojado lo vuelve a España. “¡Toda la América, que es Tú Tierra, te alaba y tu nom-bre, Colón, es el primero del mundo! Se te ama con humana pasión y los raudales del gran Amazonas, así como las ondas del Niágara hirviente cantan a coro: ¡Gloria demos al cielo!”

Telón lento, aplausos ensordecedores y entusiasmo demencial.

No hemos aprovechado otros muchos autores, algunos de ellos importantes, porque sus ideas sobre Colón y el descubrimiento se encuentran sembradas en diversos textos históricos y en escritos ocasionales que nos hubieran exigido, de antemano, un acucioso, sopesado y exhaustivo proceso heurístico. Por otra parte, tampoco fue nuestra intención aspirar a la totalidad; pero la muestra que aquí presentamos es, sin duda, la más representativa del pensamiento histórico-filosófico mexicano respecto al héroe Colón y a su hazaña.

Nuestra investigación, como podrá observar el lector, la hemos dividido y la presentamos en dos secciones o partes:

En la primera, revisamos y acotamos críticamente lo que los hombres más representativos de México y de mayor significación histórica, literaria y científica han pensado sobre el descubrimiento de América y sobre las consecuencias que en todos los órdenes de la vida tuvo el crucial acontecimiento de 1492. A partir de tal año la concepción cristiana –occidental del mundo– cambió, coadyuvando además a ella y muy poderosamente las invenciones y descubrimientos científicos y técnicos que permitieron por primera vez, en muchos



siglos, a la civilización cristiana europea desafiar con éxito la constante amenaza procedente del belicoso Oriente. El lapso historiográfico que abarcamos en nuestra serie testimonial comienza con el inquieto, controvertido y paradójico historiador don Carlos María de Bustamante, quien inicia en 1836 la primera vitriólica exégesis mexicana sobre el suceso colombino, y finaliza con las variadas y contrapuestas opiniones de varios maestros universitarios de reconocida autoridad intelectual, abonada y respaldada por sus estudios críticos sobre Colón y su discutido y cuestionado viaje en procura de los legendarios Catayo y Cipango. Descubrimiento, invención, encuentro, encubrimiento, intrusión, enfrentamiento, desocultación, he aquí algunas de las fórmulas interpretativas con las que los historiadores y filósofos mexicanos (o mexicanizados) han abordado y analizado el trascendental hecho histórico. Hay quien se refiere al azaroso topar o tropiezo de Colón con lo ignoto, con lo inopinado y lo heterodoxo continental o cuarta parte del incompleto ecúmene tradicional, y hay quien aludiendo a América expresa que ésta se dejaba sentir o presentir poéticamente antes bien por su ausencia que por su presencia.⁴ Es decir, que como científicamente ocurrió hace muchas décadas con Neptuno (1946) y con Plutón en 1930, los astrónomos tuvieron primeramente que inventarlos (calcularlos hipotética, matemáticamente) antes de incorporarlos al sistema planetario, para poder explicarse las anomalías observadas en Urano durante su rotación y tránsito orbital. Hemos tenido también que ocuparnos de las implicaciones emocionales y políticas que provocó en todo México, particularmente en ambas cámaras, la declaración del 12 de octubre como fiesta nacional, y muy especial y dramáticamente, la de la aceptación oficial de dicha fecha como Día de la Raza con todo y su simbólica bandera. Junto a la patente pugna de unos y otros en torno a la aceptación o rechazo de la conmemoración (exaltación colombófila para hispanistas, execración colombófoba para indigenistas y revolucionarios) se encontrará también el lector con las opiniones, asimismo enfrentadas, de liberales y conservadores sobre Colón y su hazaña, utilizándose los logros, leyendas y mitos del almirante, ya para enaltecerlo y demostrar de paso la ingratitud y el atraso de España, así como la ignorancia de sus sabios; ya para elogiar la participación decisiva española en la empresa colombina y disminuir al mismo tiempo los méritos del gran genovés. Esta primera sección termina con el análisis de al-

4 Por supuesto, Alfonso Reyes. Véase *infra* la sección a él dedicada.



gunas de las conferencias dictadas en la cátedra extraordinaria José Gaos, “El descubrimiento de América y su sentido actual”, organizada por el doctor Leopoldo Zea, director del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoa-mericanos de la UNAM en la Facultad de Filosofía y Letras.

En la segunda parte, nos abocamos lo más sincera y objetivamente que hemos podido al examen de la polvareda polémica levantada por el doctor Edmundo O’Gorman al impugnar, con la agudeza dialéctica que lo caracteriza y que lo ha hecho temible para sus contrincantes, el punto de vista interpretativo del doctor Miguel León-Portilla, para quien el acontecimiento por *celebrar* en 1992 –el medio milenio del acontecimiento histórico que hasta ahora se ha conocido como “descubrimiento de América”– debe ser trocado, utilizando un nuevo enfoque, por el de “encuentro de dos mundos”. Se comprende así que el lúcido y demoledor autor de *La idea del descubrimiento de América* (1951) y, sobre todo, de *La invención de América* (1958), en donde postula heideggerianamente el gran acontecimiento como invención (dotación, conceptualización) no fuese favorable a la nueva interpretación del descubrimiento como encuentro. El doctor León-Portilla ignoró el veto intelectual y, con ello, según estimamos, nos ha privado de lo que hubiera sido, sin duda, en la historia de las ideas historiográficas en México una de las más interesantes controversias sobre el contenido y el sentido de la verdad histórica. En la polémica iniciada por O’Gorman que, como ya dijimos, no encontró respuesta, intervinieron en seguida otros autores como los doctores Silvio Zavala y Antonio Gómez Robledo y el combativo maestro Eduardo Blanquel. León-Portilla sólo respondió a la crítica semántica del segundo y no prestó atención a las de los anteriores salvo evasivamente. Un cuarto polemista, Enrique Dussel, saltó a la palestra historial contestataria y tampoco tuvo mejor suerte. Por último, el Gobierno puso punto final, por el momento, a la interesante cuestión debatida y oficialmente instaló la Comisión Nacional Conmemorativa del Encuentro de Dos Mundos. No estuvo de acuerdo el maestro Blanquel y arremetió con decisión intelectual contra la posición oficial en defensa de la libertad de interpretación en la búsqueda de la verdad histórica.

Es más que seguro que, conforme nos vayamos aproximando a la fecha clave conmemorativa, nos veremos inundados de estudios, artículos, ensayos y hasta libros relativos a la interpretación del “descubrimiento de las Indias” que, como dijo López de Gómara, fue “La mayor de las cosas después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crio”; mas



nosotros también tenemos que poner punto final a nuestra tarea porque sería aventurado dejar abiertas las hojas blancas del manuscrito para ir incluyendo el alud interpretativo de lo que se vaya escribiendo hasta el mero día en que se cumpla el quinto centenario del gran acontecer. Tarea bastante azarosa y aleatoria puesto que nadie puede asegurar de antemano su supervivencia para el año de 1992.

Tenemos que considerar por último una inmediata afirmación: se ha hablado y puesto por escrito con demasiada ligereza en la tesis oficial del encuentro que en la próxima conmemoración del quinto centenario no debe festinarse, como ocurrió con motivo del cuarto centenario, la fecha clave cuya celebración debe prepararnos ahora para iniciar en “condiciones mejores” el segundo medio milenio de nuestra vida histórica. Pues bien, dejando a un lado los festejos populares, los discursos de ocasión, los homenajes, las celebraciones y las crónicas y comidillas críticas insertas en la prensa de aquella época (1892), la conmemoración del gobierno porfiriano no nos parece frívola ni insustancial.⁵ La Junta Colombina nombrada se constituyó con lo más granado de los hombres pensantes de entonces: señores Joaquín García Icazbalceta, Alfredo Chavero, Francisco B. del Paso y Troncoso, José M. Vigil y José Ágreda, fungiendo como presidente el primero de los citados historiadores, y como secretario el también historiador Francisco Sosa. Cuando menos, nadie podrá censurarlo, se trataba de investigadores acreditados en actividades historiográficas, los cuales se vieron además asesorados por especialistas⁶

- ⁵ Véase *infra* el documento “Encuentro de Dos Mundos”. En el mismo se expresa la necesidad de no “festinar” la conmemoración como se hizo en 1892 (cuarto centenario) que, según parece, resultó en Madrid “deslucido”, de acuerdo con la reseña de don Manuel Payno (Barcelona, 15 de abril de 1893), que recoge José María Muriá (“El IV Centenario del ‘Descubrimiento de América’”), *Secuencia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, n. 3, septiembre-diciembre de 1985. Empero que las circunstancias políticas españolas en aquel momento contribuyeran mucho al poco lucimiento, no quita que los esfuerzos explosivos del gobierno mexicano no fueran dignos y de altura y de proyección mexicanista. Pese a la presencia en la Exposición de los Estados Unidos, Alemania, Dinamarca, Noruega y Suecia, la orientación diplomático-política del festejo centurial fue de conciencia y defensa del indigenismo e iberoamericanismo (así lo hizo ver nuestro embajador Vicente Riva Palacio y lo que asombra es que el crítico Payno no lo haya percibido o no haya querido percibirlo). México, como se desprende de la nota de Galindo y Villa (*infra*, n. 7), se llevó la palma.
- ⁶ Por ejemplo, los comisionados oficiales doctor Méndez Plancarte, Francisco Río de la Loza y Fernando del Castillo.



y por escultores, pintores e ingenieros. Se procedió a recoger materiales originales o réplicas para montar una exposición en Madrid, la cual fue ubicada en unos grandes salones de la actual Biblioteca Nacional de España, que acababa de ser construida. Estatuas, monolitos, piezas auténticas y reproducciones, armas, armaduras, vocabularios, códices, mapas, manuscritos, libros, ediciones, medallas, catálogos, etcétera, constituyeron por entonces la más abundante y científica muestra del arte y de la cultura mexicana de todos los tiempos presentada en Europa, con el patriótico, artístico y científico objetivo de dar a conocer desde el corazón de la vieja España los valores de las civilizaciones prehispánicas y las realizaciones meritorias del México colonial e independiente.⁷

En la capital de la República se erigió, como ya hemos dicho, un nuevo y bello monumento a Colón y en las capitales de provincia y en otras ciudades importantes se levantaron, como en Querétaro, Toluca y San Miguel Allende, entre otras, hermosas estatuas del descubridor por antonomasia, mayestático y solemne sobre dignos pedestales. Se dieron conferencias, se ilustró en las escuelas a los niños y jóvenes sobre el héroe y su descubrimiento del Nuevo Mundo y se comenzaron asimismo a estrechar los vínculos históricos entre los pueblos hermanos de Iberoamérica. En México y en Madrid los embajadores, don Vicente Riva Palacio y don Lorenzo Castellanos, apoyados por los respectivos gobiernos, aprovecharon la ocasión conmemorativa y comenzaron a restablecer los lazos tradicionales afectivos, hasta entonces si no rotos al menos muy laxos por los resquemores históricos y las incomprensiones políticas de ambas partes.

Deseamos terminar esta introducción agradeciendo a la directora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, doctora Beatriz de la Fuente, el que nos haya permitido la utilización de la fototeca del instituto; a la coordinadora de la misma, maestra Amada Martínez, y a sus diligentes colaboradores, Cecilia Gutiérrez A., Laura Echevarría S. y Rafael Rivera, deseamos expresarles nuestro reconocimiento por la valiosa ayuda que nos han prestado para hacer factible la información gráfica con que ilustramos este texto. Asimismo estimamos mucho la colaboración que nos ha brindado la licencia-

⁷ Véase en Jesús Galindo y Villa la relación (“Nota oficiosa”) de la exhibición, en su *Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892. Algunos datos relativos a la sección de la República Mexicana*, México, Edición de la Sociedad “Alzate”, 1893.



da Margarita Bosque de Lozada, mediante la localización en la Biblioteca Nacional de las fuentes hemerográficas utilizadas en la confección de este trabajo; también tenemos en cuenta la gentil disposición de don Miguel Muñoz, ex presidente de la Sociedad Mexicana de Numismática, por sus informes sobre las medallas mexicanas conmemorativas de la hazaña descubridora colombina. Tampoco podemos dejarnos en el tintero los nombres de la señorita Amelia Lara, directora del Museo Nacional de Historia del INAH, y del fotógrafo del mismo, señor Ernesto Durán, que nos han permitido la reproducción gráfica de algunas medallas mexicanas acuñadas en 1892 con las que se conmemoró el 12 de octubre, las cuales se conservan en el gabinete de numismática del citado Museo Nacional de Historia. A don Juan Luis Mutiózabal, director del Centro de Estudios de Historia de México Condumex, tenemos también que agradecerle el poder incluir una fotografía de la ordenanza original colombina que posee ese centro. Por último, nos complace incluir en la lista de reconocimientos a María Teresa, compañera y esposa, por los desvelos que se ha tomado en corregir y mecanografiar estos borroneos.

Juan A. Ortega y Medina

Ciudad Universitaria, México, D. F., octubre de 1986